
EL AJEDREZ.

(TERESA.)

UN dia se vieron todos los peones, torres, alfiles y caballos del tablero enorgullecidos de todo lo que podian contra sus enemigos.

Los peones se jactaban de su ligereza y ponderaban sus ciertos golpes: "Pequeños como somos, decian, á veces ponemos en conflicto al mismo rey de nuestros contrarios; hacemos lo que queremos y siempre contribuimos á la victoria."

Los caballos esclamaban: "¡Pobres peones! Creen que mucho valen. Y nosotros saltamos sobre ellos: cuando nos conviene podemos atacar á varios á un tiempo y casi somos los que decidimos del combate."

Los alfiles decian: "Mucho sabrán estos orgullosos caballos, pero no saben tanto como nosotros; ¿de qué sirven sus continuos brincos? De nada, pues nunca sus golpes alcanzan tanto como los nuestros."



Teresa

Las torres con tono grave decían: “Ni peones, ni caballos, ni alfiles, valen gran cosa. Los alfiles atacan, pero nunca en dirección recta, y así de poco sirven. Nosotros sí valemos mucho, somos fuertes y cuando el rey nos llama en su auxilio, se salva con nuestra presencia.”

La reina sonreía con desden al oír todo esto, y decía: “Sin mí, ¿qué sería toda esta necia multitud tan vanidosa? Nadie es tan fuerte como yo, nadie tan astuto, y si en nuestros combates hay gloria, toda es mía. Ataco como torre y como alfil, y no hay soldado que en valor me iguale.”

El rey que estaba dormido, despertó con todo este murmullo, y comenzaba á irritarse contra todos, cuando al saber de lo que se trataba, dijo con calma: “A la verdad son necias estas gentes que tanto se ponderan y se esponen, solo por salvarme á mí que nada hago por ellas. Pero en fin, ese es su destino, servirme y obedecer mi voluntad. . . .”

Aquí llegaba el real razonamiento cuando la mano de Teresa tomó á peones, caballos, alfiles, torres y reyes, guardándolos en una caja donde se quedaron todos callados y en paz. ¿Qué se hizo tanto orgullo? Nada, todos sucumbieron sin comprender su destino.

He aquí el mundo. Todos se alaban, todos se creen poderosos, y árbitros del destino; todos creen obrar por sí mismos, y algunos se sueñan adorados por la multitud y servidos por los demas. Y tal vez todos, como pobres piezas de ajedrez, obran sin saber por qué y se dejan llevar de una mano que sienten y no ven.

Nada de lo que somos, ni de lo que tenemos, lo debemos á nosotros mismos. Nuestro orgullo es tan necio como el del

caballo que se jactaba de saltar, sin conocer que sus saltos no los da porque quiere, sino porque lo conduce la mano del jugador.

En todos los sucesos del mundo, buscad siempre la mano del gran jugador de ajedrez y sabed que nadie es tan miserable como el jactancioso. No mostreis tanto orgullo de vuestras cualidades, no os envanezcáis, ni forméis grandes proyectos, porque todo puede destruirlo una mano estraña que es la que os conduce por el mundo y os detiene en la mitad de vuestro camino.

1851.—FRANCISCO ZARCO.

ORIENTAL.

LA ALHAMBRA DE GRANADA.

A MI QUERIDO AMIGO

JOSÉ DE JESUS CERVANTES.

¡Allí está la Alhambra....! la joya valiosa
 Que guarda en su seno Granada feliz,
 La cifra gigante de otra época hermosa,
 Morada de encantos del rey Boabdil.

¡La Alhambra! Del Darro las aguas brillantes
 Que mansas discurren la bañan el pié;
 Y dulces las auras con alas flotantes
 Aromas desparcen de azahar y clavel.

¡Allí está la Alhambra! triunfante en su almena
 Un tiempo del moro la luna brilló;
 La hueste cristiana venció á la agarena,
 Y rota la luna la Cruz se elevó.

La Alhambra suntuosa, delicia del moro,
 Dó en regios salones alzó su clamor
 La bella Zoraida, de amores tesoro,
 Pagando con sangre su impúdico amor.

Alhambra gigante, de encantos recinto,
 ¡Ay! cuantos misterios ocultas en tí,
 Tu patio marmóreo aun mírase tinto
 Con sangre que infame vertiera el Zegrí.

Alhambra soberbia ¡qué fué de tus glorias?
 ¿Dó huyeron tus tiempos de lides y amor?
 Ya solo te quedan brillantes memorias
 De otra época hermosa que rauda pasó.

En esas arenas, Genil, que tú bañas,
 En esos salones que hoy yermos se ven,
 Corriáanse un tiempo sortijas y cañas,
 Bailábanse zambras, del moro placer.

Y hoy véñse en tus salas, dó ricos encajes
 Adornan los techos en bella labor,
 Reptiles inmundos y no Abencerrages,
 Silencio y tristeza, no fiestas y amor.

Alhambra soberbia, ¡qué fué de tus glorias....?
 Huyeron por siempre cual nube fugaz:
 Hoy solo te quedan brillantes memorias
 De otra época hermosa que no volverá.

México, Agosto de 1851.—EMILIO REY.

(Leída y aprobada por el Liceo Hidalgo.)